

El Humanismo Cristiano de Juan Pablo II

Cardenal Paul Poupard

Estamos siendo testigos de un *nuevo humanismo*, en el que el hombre se define por la responsabilidad que asume con respecto a sus hermanos y con respecto a la historia (*Gaudium et Spes*, 55). Tal es, según el Concilio Vaticano II, la característica de la cultura actual: Profundamente atenta al hombre y preocupada por éste, la cultura actual exige que la fe cristiana sea propuesta en función del hombre Jesús y que, mostrando el misterio de la humanidad asumida por el Verbo, se responda a su llamada y a su preocupación proponiéndole como modelo al Hombre verdadero, exigente y sinceramente fraterno, Jesucristo, justo en nombre de la exigencia del hombre.

Pues bien, desde el principio de su pontificado, comprobamos en Juan Pablo II una actitud de acogida — más aún, de simpatía espontánea y directa — con respecto a tal exigencia humanista y, al mismo tiempo, una voluntad vigorosa y firme de cristianizar estas aspiraciones refiriéndolas a Jesucristo. En cierto modo, el encuentro entre cultura y fe se actúa, en forma ejemplar y pública, en los gestos y en las palabras de Juan Pablo II. ¿Acaso el humanismo de que habla la *Gaudium et Spes* no está representado, y con gran autoridad, por el Papa que quiso Dios conceder a su Iglesia en el otoño de 1978? ¿No es, por tanto, posible analizar el encuentro entre la cultura y la fe en Jesucristo, prestando atención a los hechos y a los gestos del Papa?

Ciertamente, Juan Pablo II no agota todos los momentos de tal encuentro, tanto más cuando se le ve espontáneo y sin ninguna afectación. El se muestra como es, tal y como ha sido forjado, cabría decir, por su experiencia personal. Pero lo cierto es que determinadas exigencias fundamentales del humanismo actual son percibidas por él: El Papa las intuye, les presta atención y les da su respuesta. Y la respuesta es precisamente la presentación que él viene haciendo desde el inicio de su pontificado de Jesucristo como el único que

puede satisfacer plenamente las aspiraciones del humanismo contemporáneo.

En la primera parte veremos algún rasgo sobresaliente de este humanismo. En la segunda, comprobaremos cómo el Papa lo eleva y lo corrige guiándolo a encontrar la propia fuente en Jesucristo. En la tercera parte presentaremos las orientaciones y las líneas maestras de su pastoral de la inteligencia.

I. Un Papa en simpatía con el hombre

1. Juan Pablo II ama al hombre contemporáneo. El se presta de buen grado a los encuentros de masas. Los baños de muchedumbre no le dan miedo. La audiencia del miércoles, que supera con mucho el horario previsto, llena las salas y desborda los espacios, es un signo elocuente. Sus viajes por todo el mundo, verdadera glosina para la televisión, revelan el impacto excepcional que ejerce el Papa sobre las muchedumbres. Juan Pablo II gusta de este contacto directo en el que su concordancia de sentimientos con la gente puede manifestarse sin intermediarios: Siente interés por los niños, los acaricia, los toma entre sus brazos. Le gusta también verse rodeado por los jóvenes y no duda en traicionar la etiqueta en su favor. Sabe hablarles y hacer que vibren. Fácilmente se percibe que el Papa se encuentra feliz de estar en medio de los jóvenes y de dirigirse a ellos. El problema de las relaciones entre los jóvenes y la fe está especialmente en el corazón del Santo Padre.

2. Esta solicitud por el hombre se expresa en el interés que el Papa muestra hacia la familia: Además del Sínodo de los obispos de 1980, son innumerables las intervenciones que lo pueden demostrar.

Sobre tres temas vuelve con frecuencia. Primer tema: *La grandeza del sacramento del matrimonio*, con particular referencia a la mujer a la cual ha dedicado el año pasado la carta apostólica "Mulieris Dignitatem". Segundo tema (muy actual): *La fecundidad del matrimonio*, con la constante desaprobación de toda indulgencia en lo que se refiere al aborto. Tercer tema: *Los niños*. No sólo consejos educativos, sino reivindicación de los derechos del niño.

3. Trabajo y desarrollo están en el centro de las preocupaciones de Juan Pablo II. Dirigiéndose a un grupo de obreros, recuerda que también él ha trabajado como obrero, y añade: «El trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo. Si no fuese así, el hombre volvería a ser esclavo. Pero si el hombre es el valor primario, no podemos disminuirlo y, por así decir, decapitarlo, negándole el

estar esencialmente ordenado a la trascendencia, esto es, a Dios, quien hizo al hombre su colaborador...

Tal es la razón por la que... la Iglesia no puede mirar al trabajador, sin un sentimiento sincero de simpatía, simpatía que significa participación en su sufrimiento, comprensión, voluntad de estima, de amistad y de amor; que significa también reconocimiento y afirmación de su *dignidad de hombre*, de hermano y de persona inviolable, que lleva en su rostro la imagen de Dios» (13 de septiembre de 1979). La Encíclica *Laborem Exercens* ha vuelto con fuerza sobre todos estos temas.

Con el tema del trabajo, Juan Pablo II, siguiendo las huellas de su predecesor Pablo VI, insiste en el desarrollo, tema tratado el 14 de julio de 1979, en la alocución a los participantes en la Conferencia mundial de la agricultura. El Papa afirma el derecho de trabajar la tierra, y conjuga la propiedad privada con una hipoteca social, como dijo en Puebla. Denunciando las clamorosas desigualdades en el plano nacional e internacional, pide que se dé el primado a lo que nace de la plena verdad sobre el hombre. Somos todos solidariamente responsables de las poblaciones sub-alimentadas, concluye el Papa, con una vibrante llamada a todos los que tienen grandes responsabilidades en el mundo rural y en la distribución de los bienes de la tierra. "Pero el ejercicio de la solidaridad dentro de cada sociedad", dirá en la encíclica "*Sollicitudo Rei Socialis*", "es válido sólo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas". "La solidaridad nos ayuda a ver al 'otro' — persona, pueblo o nación — no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, sino como un semejante nuestro, para hacerlo participe del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios" (*Sollicitudo Rei Socialis*, No. 19).

4. Estas instancias las encontramos sintetizadas en la reivindicación de la *liberación del hombre*. Es este un tema que ha invadido literalmente amplios sectores de la cultura moderna y no ha estado libre de ambigüedades en el pensamiento de algunos teólogos, lo que dio origen a la Instrucción de la Sagrada Congregación para la doctrina de la fe sobre algunos aspectos de la «teología de la liberación», el 6 de agosto de 1984. Juan Pablo II volvió sobre el tema con todas las precisiones necesarias en su viaje a México, especialmente en el gran discurso a la Asamblea de los obispos de Puebla. Y volvió sobre el mismo tema en su largo viaje a América latina realizado en 1985. Sobre el rico contenido de la libertad cristiana y en relación

con la liberación, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó el 22 de marzo de 1986 una Instrucción, en la cual reiteraba que "el Evangelio es un mensaje de libertad y una fuerza de liberación que lleva a cumplimiento la esperanza de Israel" (*Libertatis Conscientia*, no. 43).

«Es una realidad que no se detiene fuera del hombre; la razón de su existir es el ser y el obrar en el hombre; construir la fuente y la levadura de la vida nueva en todo hombre.

Evangelizar significa trabajar en esta dirección, a fin de que la fuente y la levadura de la vida nueva resplandezcan en los hombres y en las sucesivas generaciones. Evangelizar no quiere decir simplemente hablar "de Cristo". Anunciar a Cristo significa hacer que el hombre —aquel a quien se dirige este anuncio— "crea", esto es, *se vea a sí mismo en Cristo*: encuentre en El la dimensión adecuada de la propia vida; más simple todavía: que se encuentre a sí mismo en Cristo [...]. El hecho de encontrarse a sí mismo en Cristo, que es precisamente el fruto de la evangelización, se torna *liberación sustancial del hombre*. El servicio al Evangelio es servicio a la libertad en el Espíritu. El hombre que se ha encontrado a sí mismo en Cristo, ha encontrado el camino de la consiguiente liberación de la propia humanidad a través de la superación de todas sus limitaciones y debilidades; a través de la liberación de la propia situación de pecado y de las múltiples estructuras del pecado, que gravitan sobre la vida de las sociedades y de los individuos.

A esta verdad, tan insistentemente puesta de manifiesto por san Pablo, debemos hacer referencia con no menor claridad en la misión evangelizadora en el Continente latinoamericano y por todas partes»¹.

5. Esta convicción explica la valiente perseverancia con que el Papa se convierte, ya en el inicio de su pontificado, en *defensor de los derechos del hombre*, incluso ante las supremas instancias de la O.N.U. Es aquí donde se manifiesta con fuerza su humanismo. El 2 de diciembre de 1978 dirige un mensaje a las Naciones Unidas con motivo del 30º aniversario de la Declaración de los derechos del hombre, en el que denuncia las actuales violaciones perpetradas en tantas partes del mundo: «El mundo en que vivimos ofrece demasiados ejemplos de situaciones de injusticia y de opresión. Por fuerza nos vemos obligados a observar una divergencia evidentemente creciente entre la significativa Declaración de las Naciones Unidas y el crecimiento, con frecuencia galopante, de la violación de los de-

¹ Cfr. *L'Osservatore Romano* del 15 de febrero de 1979.

rechos humanos en todos los hemisferios de la sociedad y del mundo. Esto sólo puede entristecernos y dejarnos insatisfechos por el estado actual de las cosas».

Entre estas violaciones que atentan contra la libertad y, algunas veces, contra la vida de hombres o de grupos humanos injustamente tratados, el Papa subraya la violación del derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. Remitiéndose al Concilio, propone esta incisiva definición de libertad: «La verdadera libertad es la característica predominante de la humanidad: es la fuente de la que fluye la dignidad humana; es "en el hombre signo altísimo de la imagen divina" (*Gaudium et Spes*, n. 17). Se nos ofrece y se nos otorga como nuestra misión propia».

Los derechos del hombre que Juan Pablo II reivindica y defiende, siguiendo las sendas de sus predecesores, son inseparables de deberes correlativos: «Cuando se insiste, y con razón, en reivindicar los derechos humanos, no se deben olvidar las obligaciones y los deberes conexos con estos derechos. Toda persona tiene la obligación de ejercer sus derechos fundamentales de un modo responsable y moralmente justificado. Todo hombre y toda mujer tienen el deber de respetar en los demás los derechos que reclaman para sí. Además, todos debemos contribuir a la construcción de una sociedad que haga posible y practicable el disfrute de los derechos y el cumplimiento de los deberes inherentes a estos derechos»².

Juan Pablo II desarrolló esta enseñanza con ocasión de su visita a Nueva York, en el discurso a la Asamblea general de las Naciones Unidas. En el intervalo, hay que destacar la alocución pontificia en el Instituto internacional de los derechos del hombre (22 de marzo de 1979), en la que Juan Pablo II, recordando las intervenciones de sus predecesores, exhorta a sus interlocutores a prestar una atención prioritaria a la dignidad de toda persona humana. Y hay que señalar también, al final del párrafo tercero de la Encíclica *Redemptor Hominis*, la reivindicación del derecho a la práctica religiosa, reivindicación justificada en estos términos: «La actuación de este derecho es una de las verificaciones fundamentales del auténtico progreso del hombre en todo régimen, en toda sociedad, en todo sistema o ambiente».

Juan Pablo II está profundamente convencido de que toda violación de los derechos del hombre atenta contra el hombre.

² *Ibid.*

Más todavía, se pronuncia y se prodiga en favor del hombre en toda circunstancia y sin descanso. ¿No es éste el signo inequívoco de un incontestable y admirable humanismo, en total sintonía con la cultura antropocéntrica de nuestro tiempo? Pero este amor al hombre se funda en una alta idea del hombre criatura, imagen, hijo de Dios. Tal es el mensaje nuclear que él transmite a sus contemporáneos. Pues si el amor del hombre no se funda en Cristo, no puede más que llevar a la frustración o a la explotación del hombre. Tanto en un caso como en otro, se trata de un amor engañoso³.

II. Un Papa que presenta a Jesús como el Hombre, uno de los millares de millones de hombres y, sin embargo, el único

El gesto que la fotografía y la televisión nos han hecho tan familiar es profundamente expresivo; se observa al Papa, no apoyándose en la gran cruz que le sirve de báculo pastoral, sino sujetándola con un gesto que parece expresar la palabra del Apóstol: «Decidí no saber otra cosa en medio de vosotros sino a Jesucristo crucificado» (1 Cor 2, 2). El único hombre que el Papa conoce, el único del que él quiere saber —y en el que todo hombre queda valorizado— es aquel hombre crucificado que él presenta a todos aquellos a los que se acerca. Paradójica, como ya advertía Juan Pablo, pero saludable respuesta a una cultura que está apasionada por el hombre y que no se preocupa sino del hombre.

1. Una primera observación puede ser iluminadora. Respondiendo a los deseos de la Pontificia Comisión Bíblica a la que concedía audiencia el 26 de abril de 1979, Juan Pablo II comentó el tema de los trabajos de tal organismo sobre la inserción cultural de la Revelación. Insistió en la formación histórica del lenguaje bíblico, que está ligado de alguna manera a los cambios sobrevenidos en una larga sucesión de siglos en el curso de los cuales la Palabra escrita dio origen a los libros Sagrados: «Dios ha entrado en contacto con los hombres, y en su benevolencia e insondable condescendencia, ha dialogado con ellos, con la mediación de los profetas, de los apóstoles, de los escritores sagrados y sobre todo a través del Hijo del hombre. Y Dios ha comunicado siempre sus maravillas sirviéndose del lenguaje y de la experiencia de los hombres...»⁴.

³ Cfr. G. Filibeck, *Les Droits de l'homme dans l'enseignement de Jean Paul II*, París 1983; Poupard, *Droits de l'homme, en Dictionnaire des Religions...* pp. 456-457.

⁴ *Fede e cultura alla luce della Bibbia*, Elle Di Ci, Torino 1981, pp. 5-7.

¿Se fuerza este texto si advertimos en él la preocupación del Papa de anunciar a Jesucristo a partir de la cultura actual y de sus instancias antropocéntricas? Si la Revelación se ha insertado históricamente en la cultura de aquel Próximo Oriente en donde Jesús quiso nacer, crecer, predicar y sufrir, ¿no es hoy tal vez necesario adaptarse a la cultura presente para anunciarlo? Juan Pablo II se presenta en profunda sintonía con las esperanzas y con las inquietudes de este tiempo en el que el Padre celestial ha querido confiarle la Iglesia de su Hijo. ¿No queda con esto avalado de forma privilegiada para anunciar a Jesucristo a los hombres de hoy?

2. En cualquiera de los casos, el Papa está profundamente persuadido de que el hombre que busca encontrarse a sí mismo, conocer su verdadero valor, la propia grandeza y dignidad, en el mundo de hoy, sólo llegará a su fin si reconoce al Hombre, al Hijo del hombre.

La frase conclusiva de la audiencia general del 27 de diciembre de 1978 — dos días después de Navidad y centrada, naturalmente, en el gran misterio de la aparición del Hijo de Dios entre nosotros — es reveladora de lo que está en el corazón de la teología pastoral del Papa: «Jesús vino al mundo para revelar toda la dignidad y nobleza de la búsqueda de Dios, que es el deseo más profundo del alma humana, y para salir al encuentro de esta búsqueda».

Con otras palabras: Jesús revela al hombre su dignidad, que consiste en buscar a Dios, y le muestra que El es el único camino para llegar a Dios... El hombre se reconoce verdaderamente sólo en Jesús, en quien se encuentra con el Padre...

Es el mismo tema que encontramos en el mensaje de Navidad, más incisivo y penetrante, en una formulación sin perifrasis ni medios términos: «Este mensaje lo dirijo a todo hombre; al hombre, en su humanidad. Navidad es la fiesta del hombre. Nace el Hombre. Uno de los millares de millones de hombres que han nacido, nacen y nacerán en la tierra. El hombre, un elemento de la gran estadística. No por azar vino Jesús al mundo en el período del censo, cuando un emperador romano quería saber el número de súbditos que contaba su país. El hombre, objeto del cálculo, considerado bajo la categoría de la cantidad; uno entre miles de millones. Y, al mismo tiempo, uno, único e irrepetible. Si nosotros celebramos tan solemnemente el nacimiento de Jesús, lo hacemos para testimoniar que cada hombre es alguien, único e irrepetible. Si nuestras estadísticas humanas, las catalogaciones humanas, los sistemas

políticos, económicos y sociales y las simples posibilidades humanas no logran asegurar al hombre que pueda nacer, existir y obrar como un ser único e irreplicable, todo esto se lo asegura Dios. Para El y frente a El, el hombre es siempre único e irreplicable; alguien eternamente pensado y eternamente preelegido; alguien llamado y denominado por su propio nombre. Como aquel primer hombre, Adán; y como aquel nuevo Adán, que nace de la Virgen María en la cueva de Belén: "Lo llamarás Jesús"⁵.

Esta meditación antropológica sobre el misterio de Navidad me parece altamente significativa. Afrontar de lleno —Juan Pablo II lo hará en la parte sucesiva de su mensaje, pero comienza partiendo de la antropología— el misterio teológico del Verbo encarnado habría tenido sin duda un menor impacto sobre los hombres de hoy en su conjunto. El Papa comienza con el misterio del hombre en su pequeñez, del hombre inmerso en la cantidad y, no obstante, único e irreplicable, con el fin de hacer comprender que los problemas del hombre sólo pueden encontrar solución en Jesucristo, que la esperanza del hombre sólo puede tener consistencia y verdad en el sujeto anónimo inscrito en las listas del emperador de Roma y nacido en una cueva.

3. Esta versión, humanista de un tema privilegiado por los Padres griegos, el de Cristo que asume en sí a cada hombre y a todo el hombre, se dibuja en el mensaje de Navidad y se convierte en un elemento fundamental de la Encíclica *Redemptor Hominis*: «Cuando, a través de la experiencia de la familia en continuo crecimiento y a ritmo acelerado, penetramos en el misterio de Jesucristo, comprendemos con mayor claridad que, en la base de todos estos caminos a lo largo de los cuales [...] debe proseguir la Iglesia de nuestros tiempos, hay un sólo camino: el camino experimentado desde siglos y, simultáneamente, el camino del futuro. Cristo el Señor indicó este camino, sobre todo cuando, como enseña el Concilio, "el Hijo de Dios se unió en cierto modo con cada hombre en la encarnación"» (n. 13).

La Encíclica es como una sinfonía. Para comprenderla bien, es necesario individuar los temas que vuelven y se entrecruzan, comenzando con el tema fundamental: Jesucristo, redentor del hombre (obsérvese la fuerza de este singular colectivo, que el Papa prefiere claramente al plural de uso común: Redentor de los hombres), no sólo devuelve a éste su dignidad perdida de hijo de Dios, sino que se hace presente en cada hombre. Jesús lo había dicho

⁵ Cfr. *L'Osservatore Romano*, 27-28 diciembre 1978.

a su modo: lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis. Jesucristo está presente en el hombre. Y Juan Pablo II precisa: No se trata del hombre considerado en abstracto, sino del hombre real, del hombre histórico, concreto: Jesucristo se ha unido a cada uno para siempre. Teología audaz, que obtiene el impulso a partir de la soteriología griega y que funda en Cristo la grandeza del hombre y el respeto que se le debe. Releamos estas fórmulas cargadas de un fuerte lirismo que proclaman de nuevo el misterio de nuestra incorporación a Cristo Redentor: «El hombre tal como fue querido por Dios, como fue elegido eternamente por El, llamado, destinado a la gracia y a la gloria: Esto es precisamente cada hombre, el hombre más concreto, el más real; esto es el hombre en toda la plenitud del misterio del que ha sido hecho partícipe en Jesucristo, misterio del que participa cada uno de los cuatro mil millones de hombres que viven en nuestro planeta, desde el momento en que es concebido en el corazón de la madre» (n. 13, al final).

4. En consecuencia, es normal que toda la actividad de la Iglesia y toda su preocupación se centren en el hombre, que todo lo que amenaza al hombre constituya una preocupación para la Iglesia y que todo lo que lo valora sea tarea de la Iglesia: «La Iglesia de nuestro tiempo debe ser, de modo siempre nuevo, consciente de la situación del hombre. Debe ser consciente de sus posibilidades, que toman siempre nueva orientación y así se manifiestan; la Iglesia debe ser, al mismo tiempo, consciente de las amenazas que se presentan al hombre. Debe ser consciente también de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo porque "la vida humana llegue a ser cada vez más humana" (*Gaudium et Spes*), porque todo lo que integra esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre...» (n. 14).

Admirable humanismo cristiano, llevado al límite de sus exigencias, porque se funda totalmente en la dignidad del hombre, hijo de Dios, rescatado y asumido por Cristo. Se comprende entonces que el Papa haga propia la aspiración de todos los humanismos y nos dé simplemente el motivo: Jesucristo (nos) ha sensibilizado universalmente en lo que se refiere al problema del hombre (n. 15). Lo mejor que existe en la preocupación humanista de una cultura, que se confiesa antropocéntrica y solícita de la dignidad de todo hombre, Juan Pablo II lo hace plenamente suyo. Nos sentimos tentados de parafrasear a san Pablo: ¿Que están ellos por el hombre? ¡Yo lo estoy más que ellos!

5. Pero, al tiempo que lo acepta de todo corazón, Juan Pablo II purifica este humanismo de sus contaminaciones nocivas.

Tal vez este aspecto no ha sido puesto suficientemente de relieve. Con una respuesta tan hábil como franca, la Encíclica muestra la inconsistencia de toda pretensión «humanista» de la ideología atea de los discípulos de Feuerbach y restituye así a su inconsciente verdad el humanismo del joven Carlos Marx. En cuanquiera de los casos, a los que pretenden consagrarse al hombre en nombre del principio del ateísmo aceptado por Marx: el hombre es el dios del hombre, Juan Pablo II responde: sólo por el amor de Cristo, al que reconozco en cada hombre, pues por él vertió su propia sangre y lo integró en su Cuerpo de Hijo de Dios, amo yo al hombre. El conflicto latente o exasperado entre teocentrismo y antropocentrismo es resuelto por la gran teología humanista de la Redención propuesta por la Encíclica de Juan Pablo II. Ahora bien, conocemos los angustiosos debates en que se enzarzan en nuestros días no pocos cristianos a propósito de este falso problema: ¿Romper toda solidaridad con la clase obrera o pactar con un marxismo ateo de la lucha de clases?, ¿trabajar, con exasperada violencia, por la liberación, o recluirse en una evangelización privatizante? Sobrevolando la panorámica, el Papa supera estas alternativas traumatizantes y con el mismo empuje justifica los derechos del hombre, llamados a ser respetados por todos y para todos (cfr. n. 17): «En el misterio de la Redención... el problema del hombre queda inscrito con una fuerza especial de verdad y de amor. Si Cristo "se ha unido en cierto modo a todo hombre" (*Gaudium et Spes*), la Iglesia, penetrando en lo más íntimo de este misterio... vive también más profundamente la propia naturaleza y la propia misión... Volverse hacia el hombre, hacia sus problemas reales, hacia sus esperanzas y sufrimientos, conquistas y caídas, hace que la misma Iglesia como cuerpo, como organismo, como unidad social, perciba los mismos impulsos divinos, las luces y las fuerzas del Espíritu que proceden de Cristo crucificado y resucitado... Porque Cristo en el misterio de su Redención se ha unido a ella, la Iglesia debe unirse a cada hombre» (n. 18).

Estas palabras llevan muy lejos. El verdadero amor al hombre, en el que la fe reconoce a Cristo sometido a los escarnios y a los tormentos de la Pasión, exige audacias y riesgos: «Cristo no es indiferente al imperativo (de la justicia)», decía el Papa a los obispos reunidos en Puebla. «Imperativo exigente. Tampoco la Iglesia puede ser (indiferente). En el espíritu de la Iglesia, que es el Espíritu de Cristo, y fundándonos en su doctrina... pongámonos a trabajar en este campo. Porque... la solicitud de la Iglesia se dirige al hombre en su integridad...

Respetad al hombre, es la imagen de Dios. Evangelizad para que se convierta esto en una realidad, para que el Señor transforme

los corazones y humanice los sistemas políticos y económicos, a partir del compromiso responsable del hombre» (Mensaje de Puebla).

Ante la cultura moderna tan atenta al hombre, la enseñanza de Juan Pablo II, y lo que podemos llamar su humanismo, responden perfectamente a la esperanza de nuestros contemporáneos. El acepta su problemática y, al mismo tiempo, supera las interminables aporías de sus razonamientos e ideologías: en la contemplación del misterio de Cristo Redentor, Juan Pablo II reflexiona sobre los problemas de nuestro tiempo y enseña el modo de dar a estos problemas una respuesta leal. Hay que volver siempre a Jesucristo: «En el misterio de la Redención... el hombre encuentra la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad... El hombre es "expresado" de nuevo y, de algún modo, conoce una nueva creación...» (Encíclica *Redemptor Hominis*, n. 10).

III. Una pastoral de la inteligencia

A través del magisterio de Juan Pablo II, la Iglesia se encuentra ampliamente abierto el camino para una pastoral de la inteligencia de la fe.

1. Esta convicción fundamental de la Encíclica *Redemptor hominis* anima todo el pensamiento de Juan Pablo II, pensamiento que se articula en directrices para una pastoral renovada de la cultura en nuestro tiempo. La Iglesia debe acercarse a todas las culturas, en actitud de estima y de respeto y con discernimiento, en una aproximación misionera inspirada en el discurso de san Pablo en el Areópago de Atenas (*Redemptor hominis*, n. 12); pues es necesario evangelizar en profundidad aquellas fuerzas que se encuentran en lo más íntimo del espíritu humano y que determinan la verdadera cultura de los pueblos, con el fin de promover una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, fe y cultura, fe y vida.

El 29 de abril de 1979, al promulgar la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana* sobre las universidades y sobre las facultades eclesiales, Juan Pablo II les exhorta a una síntesis vital: "Es necesario que toda la cultura del hombre esté penetrada de Evangelio. En efecto, el ámbito cultural en que se desenvuelve la vida humana ejerce un grande influjo sobre el modo de pensar y consiguientemente sobre el modo habitual de actuar. Por este motivo, el divorcio entre fe y cultura representa un obstáculo tan grave para la evangelización. Por el contrario, una cultura permeada de espíritu cristiano es un instrumento a favor de la difusión del Evangelio".

Verdadero abogado de los derechos del hombre, como se ha escrito, Juan Pablo II no olvida jamás, — conviene añadir —, que Dios es el primer derecho del hombre. En su discurso en la ONU, el 2 de octubre de 1979, se enfrenta positivamente al afirmarse irresistible del pluralismo que caracteriza la civilización moderna: “El enfrentamiento de la concepción religiosa del mundo y la agnóstica o incluso atea, que es uno de los signos de los tiempos de nuestra época, podría conservar dimensiones humanas nobles y respetuosas, sin violar los derechos esenciales de la conciencia de ningún hombre o mujer que viven en la tierra”.

2. Es así como invita a lanzar a manos llenas el fermento evangélico. Pues es necesario encarnar el mensaje en las culturas. Por esto, Juan Pablo II consagra a este objetivo todo el número 53 de su Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, sobre la catequesis en nuestro tiempo: “El término aculturación o inculturación, aun siendo un neologismo, expresa bien una de las componentes del gran misterio de la Encarnación. De la catequesis, como de la evangelización en general, se puede decir que es una llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas. Por este motivo, la catequesis procurará conocer tales culturas y sus componentes esenciales, captará sus expresiones más significativas, respetará los valores y las riquezas peculiares. De esta manera podrá proponer a tales culturas el conocimiento del misterio escondido y ayudarlas a hacer surgir, de su viva tradición, expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento que sean cristianos. Con todo, convendrá tener presentes dos cosas:

— De una parte, el mensaje evangélico no es pura y simplemente separable de la cultura, en la que desde el inicio estuvo inserto (el universo bíblico y, más concretamente, el ambiente cultural en que vivió Jesús de Nazaret); tampoco es separable, sin grave detrimento, de las culturas, en las que se ha expresado a lo largo de los siglos. El mensaje evangélico no surge por generación espontánea, sino de un “humus” cultural; este mensaje se transmite mediante un diálogo apostólico, que se halla inmerso en un diálogo cultural.

— Por otra parte, la fuerza del Evangelio es en todas partes transformadora y regeneradora. Una vez que ha penetrado una cultura, ¿quien se maravillará de que se rectifiquen no pocos elementos de la misma? No habría catequesis si, al contacto con las culturas, debiera alterarse el Evangelio (...). Los auténticos maestros de catequesis saben que la catequesis enriquece estas culturas, ayudándolas a superar los lados deficientes, o incluso inhumanos, en ellas existentes, y comunicando a sus valores legítimos la plenitud de Cristo”.

Tal era, por lo demás, la convicción expresada por el Cardenal Karol Wojtyła en su relación teológica al Sínodo de los obispos, tenuta el 8 de octubre de 1974: “En la actualidad es necesario unir, en la teoría y en la práctica, la certeza divina y la persuasión y la certeza humana. La fe, en efecto, tiene un significado antropológico propio y una gran importancia en la vida y en la autoformación del hombre, al igual que en la vida y en la cultura de toda sociedad. La fe no es alienante para el espíritu humano; ella le permite autodefinirse, gracias a la comunión con Dios. No se puede tener una verdadera cultura humana sin una relación con Dios”.

3. Juan Pablo II se propone hacer de los problemas de la cultura, de la ciencia y del arte uno de los puntos importantes de su pontificado. Intención que manifestó luminosamente el 10 de noviembre de 1979 al presidir la solemne conmemoración del centenario del nacimiento de Albert Einstein, ante la Pontificia Academia de las ciencias. Por lo demás, poco antes, había invitado a los cardenales reunidos en sesión plenaria, a profundizar en este campo tan importante para la Iglesia en su dimensión universal. Al comenzar los trabajos, les invitaba, según el espíritu de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, a buscar una expresión adecuada de las relaciones de Iglesia con el vasto campo de la antropología contemporánea y de las ciencias humanas, como Pío XI había buscado la expresión de la relación de la Iglesia con las ciencias matemáticas y naturales al instituir la Pontificia Academia de las Ciencias.

El Concilio había subrayado que no era siempre fácil realizar la armonía entre la cultura y el cristianismo. Juan Pablo II ha querido demostrar de un modo concreto y positivo hasta qué punto toma en serio las instancias de la inteligencia moderna, tan ansiosa de libertad en su búsqueda de la verdad. El ha querido que se profundice en el examen del caso Galileo, cuyo proceso tanto significó en el pasado en lo que se refiere a las relaciones conflictivas de los hombres de ciencia con la Iglesia. El principio que él establece es fundamental en este campo: como la religión exige la libertad religiosa, así la ciencia reivindica legítimamente la libertad de investigación⁷. Su conclusión es firme: el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo, tan frecuentemente impregnadas de ateísmo, es ese «campo vital, cuya puesta en juego es el destino de la Iglesia y del mundo, en esta parte final del siglo XX».

⁶ V. art. Poupard, *Anthropologie Chrétienne de Jean Paul II*, en *Dictionnaire des Religions...*, pp. 58-60.

⁷ Cfr. *Galileo Galilei, 350 anni di storia, 1633-1983*, a cura di Paul Poupard, coll. *Culture e Dialogo*, Piemme, Roma 1984.

Esta profunda convicción llevó a Juan Pablo II a fundar, el 20 de mayo de 1982, el Pontificio Consejo para la cultura. En la carta autógrafa de institución de este organismo, afirma sin titubeos: «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, totalmente pensada y fielmente vivida».

El 15 de enero de 1985, al recibir a los miembros del Consejo, les confiaba su alegría: «El Pontificio Consejo para la cultura reviste a mis ojos un significado simbólico y lleno de esperanza».

Card. Paul Poupard

El Cardenal Paul Poupard nació en Angers (Francia) en 1930. Durante años fue rector del prestigioso "Institut catholique de Paris". Actualmente preside los Pontificios Consejos para la Cultura y para el Diálogo con los no creyentes. Entre sus numerosos escritos destacan: *"Iniciación a la fe católica"*, *"El Vaticano, hoy"*, *"Iglesia y culturas. Jalones para una pastoral de la inteligencia"*, *"Construir el hombre del futuro. Para una cultura de la civilización postindustrial"* y *"Diccionario de las religiones"*.